

-No, nos ha comprado.

-¿De modo que, quieras que no, soy ya suya?

-¡No, no exige eso; no pide nada, no exige nada!

-¡Qué generoso!

-¡Julia!

-Sí, sí, lo he comprendido todo. Dile que, por mí, puede venir cuando quiera.

Y tembló después de decirlo. ¿Quién había dicho esto? ¿Era ella? No; era más bien otra que llevaba dentro y la tiranizaba.

-¡Gracias, hija mía, gracias!

El padre se levantó para ir a besar a su hija; pero ésta, rechazándole, exclamó:

-¡No, no me manches!

-Pero hija.

-¡Vete a besar tus papeles! O mejor, las cenizas de aquellos que te hubiesen echado a presidio.

-¿No le dije yo a usted, Julia, que Alejandro Gómez sabe conseguir todo lo que se propone? ¿Venirme con aquellas cosas a mí? ¿A mí?

Tales fueron las primeras palabras con que el joven indiano potentado se presentó a la hija de don Victorino, en la casa de ésta. Y la muchacha tembló ante aquellas palabras, sintiéndose, por primera vez en su vida, ante un hombre. Y el hombre se le ofreció más rendido y menos grosero que ella esperaba.

A la tercera visita, los padres los dejaron solos. Julia temblaba. Alejandro callaba. Temblor y silencio se prolongaron un rato.

-Parece que está usted mala, Julia -dijo él.

-¡No, no; estoy bien!

-Entonces, ¿por qué tiembla así?

-Algo de frío acaso...

-No, sino miedo.

-¿Miedo? ¿Miedo de qué?

-¡Miedo... a mí!

-¿Y por qué he de tenerle miedo?

-¡Sí, me tiene miedo!

Y el miedo reventó deshaciéndose en llanto. Julia lloraba desde lo más hondo de las entrañas, lloraba con el corazón. Los sollozos le agarrotaban, faltábale el respiro.

-¿Es que soy algún ogro? -susurró Alejandro.

-¡Me han vendido! ¡Me han vendido! ¡Han traficando con mi hermosura! ¡Me han vendido!

-¿Y quién dice eso?

-¡Yo, lo digo yo! ¡Pero no, no seré de usted... sino muerta!

-Serás mía, Julia, serás mía... ¡Y me querrás! ¿Vas a no quererme a mí? ¿A mí? ¡Pues no faltaba más!

Y hubo en aquel *a mí* un acento tal, que se le cortó a Julia la fuente de las lágrimas, y como que se le paró el corazón. Miró entonces a aquel hombre, mientras una voz le decía: «¡Éste es un hombre!»

-¡Puede usted hacer de mí lo que quiera!

-¿Qué quieres decir con eso? -preguntó él, insistiendo en seguir tuteándola.

-No sé... No sé lo que me digo...

-¿Qué es eso de que puedo hacer de ti lo que quiera?

-Sí, que puede...

-Pero es que lo que yo -y este yo resonaba triunfador y pleno- quiero es hacerte mi mujer.

A Julia se le escapó un grito, y con los grandes ojos hermosísimos irradiando asombro, se quedó mirando al hombre, que sonreía y se decía: «Voy a tener la mujer más hermosa de España».

-¿Pues qué creías...?

-Yo creí..., yo creí...